



RODRIGUEZ DEMORIZI EN LA TERTULIA DE LOS SOLTERONES

Georgilio Mella Chavier

Por lo que el autor escribió como Introito del libro y lo que le oímos decir con sencillez de sabio, entendemos que don Emilio Rodríguez Demorizi no cayó en la cuenta ni pudo ser convencido por otros de que La Tertulia de los Solterones era, y es según creemos, su más significativo logro literario desde el punto de interés de su manifestación personal como escritor humanista. Escoger entre la literal montaña de libros de su producción cuáles son los más útiles para el estudioso o aficionado a la historia es ya empeño difícil. Como un torrente de largos años fue el fluir editorial de obras de extraordinario valor sin las cuales no habría sido posible alcanzar el grado de desarrollo, no importa la altura en que se le juzgue, que ha alcanzado el conocimiento de la historia patria por la razón de que el número y la obra de los que se han dedicado a tales estudios han arribado a méritos en gran parte gracias al favor del inmenso caudal de noticias que las investigaciones de ese historiador han producido. Nadie como él espléndido en el dato preciso sobre asuntos muy disímiles; nadie como él para aclarar circunstancias en cuestiones históricas de las diversas épocas; ninguno como él para permitir y aún estimular el hallazgo contradictorio, bueno para el juicio que desea ser bien cimentado; pocos como él para el respeto de los valores, aún de los que sólo fueron parte menor en la definición de personas o situaciones. Por eso quizás ninguna de sus numerosas obras sobre

historia, ni siquiera entre las que resultan fundamentales en nuestra historiografía, puede dar la medida de su personalidad literaria, con todo y que él tuvo el cuidado y el buen gusto de poner en casi todas las suyas un tono de equilibrio y corrección, que son belleza, de altura moral y de afán científico que le dan perfiles peculiares a su vasta producción.

Sin dejar de lado las cualidades inconfundibles de su literatura y sin olvidar la orientación historiográfica que dominó el quehacer de su vida fecunda, la suma de cualidades con que el escritor sorprendió a sus lectores al publicar *La Tertulia de los Solterones* hace de ese libro uno que no tiene parecido en lo que conocemos de la bibliografía que hemos producido los dominicanos.

Aunque Rodríguez Demorizi afirma que lo escribió "todo a la buena de Dios, como quien se sienta a contar un cuento", y quizás por eso mismo, pensamos ahora, hay a todo lo largo de la obra un trasunto de sí mismo al que no puede sustraerse y que lleva reiteradamente dentro del tema general por declives y colores de su afición de escritor y es por ello que nos parece que goza como cosa propia muchos de los casos que cuenta dentro de la narración.

Yendo directamente sobre el asunto que quiere ser principal del libro, hay en primer término de atención algo que nos lleva a creer como posible que jamás escritor alguno haya descrito ni enmarcado a los solterones en tan completa serie de adjetivos como los que se enuncian con lujo de tonos pictóricos, para terminar la cuenta con una jovial dualidad: que los hay malos y buenos. Aparecen por allí reflexiones profundas acerca de la soltería y de la "solteronía" como no creemos que podamos volver a leer fuera de tales páginas. Paralelamente, nos da una antología de definiciones de la mujer como entre nosotros sólo pudo habersele ocurrido a quien quiso poner siempre en letras las cualidades y relaciones todas de sus biografiados, y es así que será difícil hallar otro libro, por lo menos en nuestro vecindario, que haya acumulado tal colección de calificativos, los más diversos, para la mujer. En ese conducir la conversación de los solterones a través de sus personales inclinaciones y modos de presentarse, venimos a tener algo así como un inusitado texto de sabiduría epitalámica, relacionado quizás con el continuo observar de los tropiezos de sus personajes seguidos con el hilo del historiar. Y allí viene seguido el autor en el papel educativo y moral que tanto hizo resaltar casi siempre como de paso en sus héroes mejores y nos brinda la presencia y la descripción de la mujer esencial como alto ideal señalable y tal vez poco alcanzable que toca declaradamente el modelo de *La Perfecta Casada* y el tipo de *Dulcinea del Toboso*.



Respeto y fe suficientes tuvo siempre don Emilio por la espiritualidad organizada por la Biblia y la Iglesia y ello aparece reiteradamente acompañado de una propia manera de leer la Biblia buscando relieves si divinos también humanos, como se muestra en citas tan abundantes como bien traídas de la Sagrada Escritura, y por igual camino se nos manifiesta aprovechado lector de vidas de santos y de manera especial de los escritos del admirable obispo de Hipona.

Dado a la sistematización de sus trabajos, al respeto por verdades, fueran palmarias o subyacentes, no fue posible que desdefiara a los que en Grecia significaron el vivir y el pensar más filosóficamente acabados de su época, y es así evidente a lo largo del libro su gran afición por la cultura y los personajes helénicos. Por allí, tierras y tiempo de por medio, lo seguimos en lo que nos parece un natural impulso cultural hacia Roma, escala de valores clásicos con los que entonces se acerca a las discretas muestras, positivas o negativas, de sus recuerdos de lecturas de las que quedaron nombres inolvidables y en donde no se omiten ni Julio César ni Ovidio como notas extremas de un romanismo tan rico como disímil en sus matices filosóficos.

Muchos escritores habrían producido cansancio con las menciones, que pasan en mucho de tres centenares, de nombres de títulos, autores y criaturas del mundo literario español del que exhibe sin escándalo su asombroso conocimiento histórico, pero el aire de gracia de la más fina, el uso de términos y giros de grato sabor clásico, el discreto auxilio del lenguaje figurado y las expresiones de belleza en tono de poesía que adornan muchas partes del libro, hacen gratísimo leer las ocurrencias de la reunión de los cinco solterones que tenían su tertulia tarde por tarde en el muy madrileño Mesón del Segoviano, en la antigua calle de la Cava Baja...

Hablando de España, de la que no faltan rasgos físicos del territorio que nos recuerdan la acendrada pasión de don Emilio por los estudios geográficos, caemos sin más vueltas en el refranero y en la poderosa incursión del autor en esa cantera de saber popular. En su Refranero Dominicano hace muchos años que se presentó una abundosa compilación de paremias de nuestra habla que dieron el primer lugar en tales colecciones al autor. En La Tertulia se recogen cerca de dos centenares de refranes y frases hechas que en libros de su extensión cuando no fatigan, cautivan como ocurre en este caso.

Y hay comparaciones para abrir la conversación de los solterones



cuanto es posible a todo horizonte. Y más cosas hay que nos permiten asegurar que tiene el libro un raro matiz de originalidad que se sale en mucho del quehacer literario que en su variedad tuvo el incansable colector de datos y expulgador de noticias antiguas. Pero no es posible que el historiador formidable logre desprenderse de su capa de oficinista sin reposo, ni es fácil que el patriotismo de quien quiso hacer patria historiándola, abandone la brecha salvo en momentos necesarios para la reposición de recursos. Y en Madrid, años 1966-1967, "en horas y días que le parecieron ociosos o perdidos", no faltó nunca el recuerdo de la lejana patria dominicana con sus hombres y circunstancias, con descripciones de enamorado memorioso que hace crónica de la llegada de Tirso a Santo Domingo, que pone a conversar a Buenaventura Báez con el autor de Don Juan y que lo mismo cita un verso de Enrique Henríquez como nos hace recordar la admiración de Hostos por Salomé Ureña. Por todo ello podemos decir que *La Tertulia de los Solterones* es el libro de un hombre singular que no pasará mucho tiempo sin que el bronce repita su ser físico y pregone su alta entidad intelectual.

Santo Domingo, marzo de 1987._

